

¿POR QUÉ EL DESIERTO?

Por Paul M Hanssen

¡El desierto! No es precisamente el lugar al que anhelamos ir, que deseamos experimentar o por el que queremos caminar. Y, sin embargo, sin el desierto, no podemos conocer —ni conoceremos jamás— al Todopoderoso. Sin la experiencia del desierto, el viaje hacia nuestro destino no puede completarse. Sin el desierto, ciertos tesoros de Dios permanecen ocultos para nosotros. Existe una razón por la que la palabra “desierto” se menciona 305 veces en la Biblia; es un dato interesante.

- Israel no recibió la Ley de Dios en una ciudad ni en un lugar de comodidad; la recibió en el desierto.
- Moisés no se encontró con Dios ni escuchó su voz en el palacio de Egipto; experimentó la zarza ardiente en el desierto.
- Elías no escuchó la voz de Dios en el viento, el terremoto o el fuego, sino que oyó la voz apacible y delicada a la entrada de una oscura cueva en el desierto de Horeb.
- David fue preparado para el reino y la realeza en los refugios del desierto.
- Jesús no comenzó su ministerio público hasta que fue llevado por el Espíritu al desierto. El Espíritu Santo había descendido sobre Él al ser bautizado, y luego lo impulsó hacia el desierto. Cuando regresó, lo hizo con poder:

Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. (Lucas 4:14)

Nuestra experiencia en el desierto nunca tiene como fin destruirnos, sino iluminarnos, enseñarnos, hacernos madurar y llenarnos de poder. El desierto es un lugar de transformación; **¿pero por qué el desierto?**

Cuando Juan el Bautista apareció en escena, se le conocía como “la voz que clama en el desierto”. Qué descripción tan singular para un ministerio. No se le conocía como hacedor de milagros, pues no realizó ninguno. No se le conocía —ni él mismo se identificaba— como predicador o sacerdote. Él se identificaba como “la voz de uno que clama en el desierto” (Juan 1:23). Su voz —la voz que preparaba el camino del Señor— no se escuchó en el templo, ni en las calles concurridas, ni en las sinagogas, ni en las reuniones de la plaza pública, sino en el desierto. **¿Por qué el desierto?**

Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días. (Apocalipsis 12:6)

Después de que la Esposa da a luz al hijo varón, huye al desierto, a un lugar preparado por Dios. Allí, ella es alimentada durante tres años y medio: años de tribulación (no la Gran Tribulación, sino los tres años y medio de tribulación previa a la Gran Tribulación). Pero, **¿por qué el desierto?**

Todos los que escuchan mi voz o leen esta lección han estado en un desierto, o tal vez lo estén atravesando ahora mismo (si no es así, guarde esta lección: la necesitará). El desierto se manifiesta a través de tiempos difíciles; podríamos llamarlo una etapa de desánimo o melancolía. Puede ser un tiempo de dolor y de sentir que se camina en la oscuridad. Puede ser un tiempo de peligro, dificultad y calamidad; un momento en el que uno se siente puesto a prueba. A menudo, cuando estamos en este lugar, nos preguntamos: “¿Cómo llegué aquí?”.

Examinemos el significado hebreo de la palabra “desierto”.

“Midbar” (מִדְבָּר) conlleva la idea de ser conducido o guiado (como un rebaño llevado a los pastos o a una llanura abierta) y se refiere a un lugar desértico. **También significa “habla” o “pronunciar palabras”.**

“Midbar” describe un área inculta, agreste o desolada, como un pastizal abierto adonde los pastores llevan a sus rebaños o un entorno desértico hostil; puede referirse a cualquiera de los dos.

Comparte exactamente la misma raíz de tres letras (*d-b-r*) que la palabra hebrea para “palabra” y “hablar” *dawbar* (דָּבַר), que significa hablar, enseñar, pronunciar, ordenar, comunicarse, prometer, declarar y someter.

El desierto no es solo un lugar de vacío o peligro, sino un entorno tranquilo y despojado de distracciones, diseñado por Dios para que se puedan escuchar Su voz y Su revelación. Estar en el desierto no significa que algo haya salido mal; el desierto no está desprovisto de Dios. Al contrario, Él está allí buscándote, porque desea hablarte. Por eso nos lleva a un lugar de desolación: para eliminar todas las distracciones que consumen nuestro tiempo y atención. Todas esas cosas insensatas y mundanas que se interponen entre Él y tú —cosas a las que damos tanta importancia, las preocupaciones de esta vida—; ¡son distracciones!

No pretendo saber mucho (de hecho, no sé casi nada). Sin embargo, sé esto: Dios nos busca; nos persigue a ti y a mí. Nos lleva al desierto para captar nuestra atención, despojándonos de todas las distracciones que impiden que Su voz penetre en nuestros oídos internos. Podemos llegar a estar tan absorbidos por la vida —tal como

lo estaba la gente en los días de Noé—, tan perdidos en el mero hecho de vivir, que olvidamos vivir realmente o, al menos, olvidamos en qué consiste la vida. Vemos este principio claramente en el ejemplo de Marta y María.

El Señor le respondió: «Marta, Marta, tú estás preocupada y molesta por tantas cosas; pero una sola cosa es necesaria, y María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada». (Lucas 10:41-42- versión NBLA)

Oseas 2:1-14.

Al comenzar en Oseas, capítulo 1, versículo 2, leemos que Dios instruyó a Oseas a tomar por esposa a una mujer dada a la prostitución, o una mujer que era prostituta. Esto habría de ser una demostración profética pública para Israel y Judá de lo que habían hecho al apartarse de Dios.

En el versículo 9, Dios habla a su esposa adúltera y le dice que ellos no son su pueblo, y que Él no es su Dios. ¡Qué terrible debió de haber sido para Dios pronunciar estas palabras sobre sus elegidos! Lo que aquí se describe no es diferente de lo que la iglesia está presenciando hoy en día. ¿Somos, en verdad, su pueblo? Su llamado a nosotros es una cosa, pero nuestra respuesta a ese llamado es otra muy distinta. ¡Es la respuesta lo que falta!

En el capítulo dos, Dios arremete directamente contra los “amantes” de su esposa apóstata. Cinco veces en este mismo capítulo, Dios habla acerca de *los amantes de ella*: “...Porque dijo: “Iré tras mis amantes, Que me dan mi pan y mi agua, Mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida”. (Oseas 2:5).”

Toma nota de lo que dijo la esposa: “Mis amantes me proveen pan, agua, lana y lino”; sin ellos, me siento vacía; al menos, eso es lo que ella pensaba. Sin mis amantes, no puedo ser sustentada, consolada, abastecida ni protegida.

- **Pan y agua:** Representan el **sustento físico** fundamental y la supervivencia diaria. En un contexto moderno, simbolizan nuestras necesidades básicas, empleos, ingresos y el sustento físico.
- **Lana y lino:** Estos materiales se utilizan para confeccionar prendas tanto cálidas como frescas, representando **refugio, protección y vestimenta para el cuerpo**. Hoy en día, simbolizan nuestro estilo de vida, seguridad física y comodidad.

En esto consiste la vida para millones de personas: en sustento y refugio. Buscamos en nuestros amantes —aquello que más perseguimos en la vida— dicho sustento y refugio. Es sorprendente cómo la gente piensa en servir a sus amantes antes que a Dios. Esto se hace evidente en la falta de generosidad de las personas: en sus ofrendas, diezmos, primicias y limosnas. Preferimos buscar a nuestros amantes antes que confiar en que Dios proveerá para nosotros; en otras palabras, pensamos que “Dios no es capaz de sostenernos ni protegernos si decidimos ponerlo a Él en primer lugar” (o, al menos, ese es el sentir).

Ahí es donde se encontraba la nación de Dios, su esposa: amando a sus amantes, confiando en ellos y abrazando las recompensas que estos le ofrecían.

Pero entonces, en medio de todo ello, Dios habla:

Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. (Oseas 2:14)

¡Oh, cuando Dios comienza a “atraerte”, Él te está persiguiendo! En inglés, la palabra “atraer” no siempre tiene una connotación positiva; puede significar atraer poderosamente, encantar, seducir, embaucar o tentar.

Sin embargo, la palabra hebrea utilizada en este caso es “paw-thaw”, que significa abrir, persuadir, hacer espacio y ensanchar. Dios estaba a punto de llevar a Su pueblo —su Esposa— a un lugar de ensanchamiento, un sitio donde se ampliaría su capacidad y donde no había más que una sola cosa: **Su voz**. Allí, Él dice: “Le hablaré al corazón”. “Le hablaré al corazón” tiene un doble sentido: “AL-LABE” implica que el Todopoderoso trasciende lo externo para llegar al corazón, al centro, a la parte interior y a lo más profundo de su ser.

Este es el propósito del desierto: hablarte, llegar más allá de los aspectos físicos de tu vida y alcanzar lo profundo de tu interior. Sométete al desierto; ¡es allí donde el Esposo te ha atraído para hablarte, con el fin de ensanchar tu capacidad para Él!